

---

# PUERTA DE LA MISERICORDIA

---

**L**a puerta cierra un ámbito, es un límite; pero también permite el paso si está abierta. En su audiencia general del 18 de noviembre, Francisco ha explicado el significado de "la puerta de la Misericordia de Dios". Esto se refiere a la Puerta Santa de la basílica de San Pedro en el Vaticano, que se abrirá durante el Año Jubilar, para invitarnos a la conversión personal y también a la acogida y al perdón hacia los demás.

Desde las antiguas religiones la puerta tiene un rico simbolismo. En las religiones orientales y en Mesopotamia se mencionan puertas del cielo y del mundo subterráneo. Los egipcios guardaban las puertas de los templos con figuras de leones. Los romanos tenían incluso un dios guardián de las puertas, que se representaba con dos caras, como significando un antes y un después: Jano (de donde viene *ianuarius*, enero, y también *ianua*, puerta).

El paso por una puerta hacia el más allá se encuentra también en la Biblia. Se dictaban sentencias por dentro de las puertas de la ciudad. Las puertas simbolizan el poder del rey o la confianza en él y derivadamente en Dios. La puerta puede significar el límite, que Dios ha impuesto, por ejemplo, al mar o a la vida, y que Él mismo puede hacer saltar.

En el Nuevo Testamento se desarrolla el sentido de la puerta como acceso a la felicidad eterna. "Esforzaos para entrar por la puerta angosta" (Lc 13, 24), exhorta Jesús, no vaya a ser que el dueño de la casa entre y cierre la puerta, y aunque la golpeéis, él no os reconocerá. La puerta es símbolo de la salvación, como se lee en la parábola de las vírgenes prudentes y las necias (cf. Mt 25, 1-12). Por eso se las representa a veces en las puertas de las iglesias, donde puede aparecer también una escena del juicio final.

Señala el Papa Francisco que la Iglesia entera, las "iglesias" o los templos, y todas las instituciones eclesiales y comunidades cristianas, deben mantener siempre sus puertas abiertas para facilitar el encuentro con Dios. "El Señor –observa– no fuerza nunca la puerta: también Él pide permiso para entrar, pide permiso, no fuerza la puerta".

Así lo dice en el libro del Apocalipsis: "Yo estoy a la puerta y llamo –imaginemos al Señor que llama a la puerta de nuestro corazón–. Si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos" (3,20). Y hacia el final del mismo libro se profetiza sobre la futura Ciudad de Dios: "Sus puertas no se cerrarán durante el día", es decir, para siempre, porque "no existirá la noche en ella" (21, 25).

La vida contemporánea –continúa apuntando el Papa– ha traído la necesidad de cerrar, o incluso blindar muchas puertas. Pero no sería bueno extender eso a toda nuestra vida, en la familia y en la ciudad, en la sociedad y en la Iglesia: "Una Iglesia que no es hospital, así como una familia cerrada en sí misma, mortifica el Evangelio y marchita al mundo. ¡Nada de puertas blindadas en la Iglesia, nada, todo abierto!